

AZTECAS



Publicado inicialmente con motivo
de la exposición "Aztecs"
Royal Academy of Arts, Londres
16 noviembre 2002 – 11 abril 2003

La Royal Academy of Arts agradece al Gobierno
de Su Majestad la exención concedida a esta
exposición en virtud de la National Heritage Act
de 1980, y a Resource, The Council for Museums,
Archives and Libraries, por su ayuda en la tramitación
de esta exención.

Con el apoyo de



También se ha recibido un generoso apoyo
de Virginia y Simon Robertson.

CATÁLOGO

Publicaciones de la Royal Academy of Arts

David Breuer
Harry Burden
Carola Krueger
Fiona McHardy
Peter Sawbridge
Nick Tite

ASESOR DE EDICIÓN
Warwick Bray

TRADUCCIÓN
María Luisa Balseiro

COORDINACIÓN FOTOGRÁFICA
Y DE LOS DERECHOS DE AUTOR
Andreja Brulc
Roberta Stansfield

DISEÑO Y MAPAS
Isambard Thomas

INVESTIGACIÓN GRÁFICA
Julia Harris-Voss
Celia Dearing

FOTOGRAFÍAS ESPECIALES
Michel Zabé

ILUSTRACIONES
Russell Bell
Roger Taylor

FOTOMECÁNICA
Robert Marcuson Publishing Services

FOTOCOMPOSICIÓN
Anagram

IMPRESIÓN
Artes Gráficas Palermo, S.L.

ENCUADERNACIÓN
Hermanos Ramos

Copyright © 2002 Royal Academy of Arts, Londres, y
edición en español © 2002 Turner Publicaciones.
Rafael Calvo 42, 20.ª esc. izda., 28010 Madrid
www.turnerlibros.com

Entrada de catálogo 347 © National Gallery of Art,
Washington

Mapas en relieve y topografías (pp. 12–13 y p. 74)
© Digital Wisdom, Mountain High Maps

Las copias de este libro publicadas por el editor
en rústica se venden con la condición de que
no se preste, revenda, alquile o circule de cualquier
otro modo comercialmente sin el previo
consentimiento del editor en cualquier forma
de encuadernación o cubierta diferente de aquella
en la que se ha publicado y sin una condición similar
que incluya estos términos impuestos a un ulterior
comprador.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta
publicación puede reproducirse o transmitirse
de ninguna forma o por ningún medio, electrónico
o mecánico, incluidas la fotocopia, la grabación
o cualquier otro sistema de almacenaje y recuperación
de información, sin un permiso previo por escrito del
editor.

ISBN OCÉANO 970-651-694-8
ISBN TURNER 84-7506-549-X
ISBN TURNER 84-7506-550-3 (rústica)
DEPÓSITO LEGAL: M-46.603-2002

Distribuido en Iberoamérica por Editorial Océano de
México S.A. de C.V., Eugenio Sue 59, Colonia
Chapultepec Polanco, México D.F. 11560, México,
info@oceano.com.mx

Distribuido en España: Catalunya y Baleares por
Les Punxes Distribuidora, S.L., Sardenya, 75-81,
08018 Barcelona, punxes@punxes.es;
Madrid, Toledo, Ciudad Real, Cuenca y Guadalajara
por A. Machado Libros, S.A., Tomás Bretón, 55,
28045 Madrid, visordis@visordis.com

NOTA EDITORIAL
Todas las medidas se expresan en centímetros,
en el orden alto-ancho-fondo

p. 6 Detalle de cat. 340, página 7
pp. 10–11 Detalle de cat. 130
pp. 12–13 Mapa que muestra la extensión
del imperio azteca

Cada cosa hecha ahora es una réplica o variante de algo hecho hace poco tiempo, y así sucesivamente hasta la primera mañana del tiempo humano.

George Kubler¹

LOS AZTECAS Y SU VISIÓN PRAGMÁTICA DEL PASADO

Los reyes aztecas se valieron de la historia con fines fundamentalmente propagandísticos. Utilizaron este poderoso instrumento para sustentar ante propios y extraños el papel hegemónico que habían adquirido tras lograr su independencia de los señores de Azcapotzalco en el año de 1430. A través de la recreación de la historia —de la interpretación del pasado a partir del presente— forjaron en su pueblo la conciencia de nación dominadora, de un destino manifiesto que les llevaría a emprender ambiciosas campañas expansionistas.

En aquellos tiempos de cambio, la legitimidad del poder derivaba de la relación entre el pueblo azteca y su dios patrono Huitzilopochtli a través de un eslabón sagrado: el rey. El soberano era considerado un ser semidivino que pertenecía al linaje más próximo al numen protector. Esto explica por qué los registros históricos aztecas, comisionados por los propios reyes para dejar huella de su paso por la tierra, detallan largas listas dinásticas por orden cronológico (las principales genealogías arrancan siempre de tiempos míticos), así como ceremonias de coronación e interminables relaciones de triunfos militares. La historia oficial azteca consigna también acontecimientos excepcionales de gran trascendencia para el estado: los grandes programas arquitectónicos emprendidos por los gobernantes (templos, canales, acueductos y otras obras públicas), las migraciones (movimientos demográficos, fundaciones, intrusiones) y los fenómenos naturales extraordinarios (astronómicos, climatológicos y geológicos)².

Además de estas temáticas, que a todas luces resultan limitadas, los registros históricos aztecas adolecen de una gran concisión, dada la inexistencia de una verdadera escritura fonética. Por lo regular, los acontecimientos más relevantes en la vida de este pueblo eran transmitidos

en forma oral y de generación en generación, práctica que a la larga distorsionaba la realidad. Sólo unos cuantos sucesos tenían el privilegio de quedar fijos en un sistema escriturario mixto, en el que los pictogramas y los ideogramas eran complementados con signos de valor fonético. Dicho sistema contaba, además, con signos numéricos y calendáricos que, entre otras cosas, servían para fijar los hechos en el tiempo. Los mensajes, forzosamente lacónicos, lograban así pasar a la posteridad, ya en forma de libros de piel de venado o de papel de corteza, ya como relieves tallados en la roca dura. Por desgracia, en el transcurso de los siglos casi todos esos testimonios históricos fueron vulnerados por la acción de las catástrofes naturales, la intemperie y los detractores. Baste recordar aquí la quema de libros ordenada por Itzcóatl (1427–1440) para eliminar los instrumentos mágicos con que los dirigentes del antiguo sistema gubernamental se hacían escuchar³.

Como consecuencia directa de lo anterior, el conocimiento azteca del pasado siempre tuvo una escasa profundidad temporal. Como ha demostrado H. B. Nicholson, los anales del centro de México no nos informan con certeza de acontecimientos más allá de tres o cuatro siglos antes de la llegada de Hernán Cortés⁴. Es más, según nos advierte este investigador, las noticias previas al año de 1370 deben ser tomadas con reservas. En estas condiciones, en las postrimerías del Posclásico Tardío (1250–1521) el pasado remoto se había vuelto tan maleable como el futuro, convirtiéndose en un juego de espejos en el que se reflejaban mutuamente el recuento histórico y el relato mítico.

Esto es evidente en la imagen azteca de Tula (fig. 11). Allí se entreveran el vago recuerdo de la capital militarista que vivió su esplendor entre el 950 y el 1150, y el arraigado mito de Tollan, el maravilloso “lugar de los tules [cañas]”, donde los frutos alcanzaban tamaños gigantescos, los habitantes eran grandes artífices y el gobierno había estado en manos de Quetzalcóatl, un sacerdote sabio y virtuoso que instituyó el autosacrificio⁵.

En cambio Teotihuacan (fig. 12), dada su mayor antigüedad, quedó despojada de toda historicidad

bajo la mirada de los aztecas. Las distintas descripciones dadas de sus habitantes surgen seguramente del asombro azteca ante la majestuosidad de las pirámides del Sol y de la Luna. Dependiendo de cada versión, esas ciclópeas edificaciones fueron imaginadas como obra de los portentosos toltecas, de gigantes disformes con brazos flacos y alargados o de los mismísimos dioses. A la llegada de los españoles, esta metrópolis arqueológica estaba envuelta por un aura divina: era concebida como el venerable lugar de los orígenes, cuna del Quinto Sol y foco de dispersión de los pueblos originarios⁶.

Fig. 11
La Pirámide B de Tula, con sus atlantes de piedra tallada.

Fig. 12
El camino procesional y las pirámides del Sol y de la Luna en Teotihuacan.



ACTIVIDADES AZTECAS EN LOS SITIOS ARQUEOLÓGICOS: LA ADICIÓN

Sabemos que el hombre mesoamericano visitaba con asiduidad centros ceremoniales en ruinas, explorando ávidamente edificios y monumentos cuyas formas se adivinaban bajo la vegetación. Sin duda alguna ésta fue una actividad sumamente habitual para los aztecas, máxime si consideramos que Tenochtitlan estaba rodeada por los excelsos testimonios materiales de grandes civilizaciones. Dentro de un radio de 70 kilómetros se encontraban los vestigios de verdaderas metrópolis que alguna vez estuvieron pobladas por decenas e inclusive centenas de miles de habitantes. Entre ellas destacan, al noreste, Teotihuacan, la célebre metrópoli del período Clásico (200–650); al sur, Xochicalco, uno de los centros más cosmopolitas del Epiclásico (650–900), y al noroeste Tula, ciudad que ejerció un dominio indiscutido durante buena parte del Póclásico Temprano (900–1250).

En estos peculiares escenarios, caracterizados por el silencio y la desolación, los aztecas llevaban a cabo una amplia gama de actividades. Lamentablemente, muchas de ellas no dejaron huellas perceptibles para los arqueólogos modernos. Estamos enterados de su realización gracias a algunas fuentes históricas redactadas en el siglo xvi, entre las que destaca la *Relación de Tequixtlan y su partido*. Este documento señala que las sociedades que vivieron ocho siglos después del turbulento colapso teotihuacano, la azteca entre ellas, destinaban las vetustas pirámides del Sol y de la Luna al culto, las consultas oraculares, el sacrificio y el ajusticiamiento de delincuentes.

[...] había otros ídolos menores [adorados por los aztecas] en el pu[eb]lo de San Ju[an Teotihuacan], que era templo y oráculo [a] donde acudían los pueblos comarcanos. Tenían, en el d[ic]ho pu[eb]lo, un cu muy alto [...]: en la cumbre dél, estaba un ídolo de piedra que llamaban por nombre Tonacateuctli. [...] Estaba vuelto al poniente, y, en un llano que se hacía delante del dicho cu, estaba otro cu más pequeño [...], en el cual estaba otro ídolo [un] poco menor que el prim[er]o, llamado Mictlanteuctli, que quiere decir “Señor del infierno”. [...] Poco más adelante, a la p[ar]te del norte, esta otro cu poco menor que el prim[er]o, [al] q[ue] llamaban “el cerro de la Luna”, en lo alto del cual estaba otro ídolo [...], que llamaban la Luna. A la redonda dél, había muchos ciés, en uno de los cuales (el mayor dellos) había otros seis ídolos [a los] que llamaban Hermanos de la Luna, a todos los cuales, los sacerdotes de Montezuma, señor de Méx[i]co, venían con el dicho Montezuma, cada v[ein]te días a sacrificar [...].⁷

Por el contrario, otras actividades prehispánicas dejaron su marca indeleble en los sitios arqueológicos. En un primer grupo se incluyen acciones que podemos calificar como *aditivas*, pues tuvieron como consecuencia directa la incorporación de elementos nuevos a las ruinas. Fueron acometidas por muy diversos pueblos, en distintas épocas y prácticamente en todos los confines de Mesoamérica. Un claro ejemplo de este fenómeno se encuentra en el asentamiento preclásico del Cerro Chalcatzingo, Morelos⁸. En las laderas de esta montaña sagrada hay evidencias suficientes para afirmar que los relieves de tipo olmeca allí esculpidos entre el 700 y el 500 a.C. fueron venerados dos milenios más tarde. En efecto, alrededor del siglo XIII d.C. los tlahuicas que vivían en las inmediaciones edificaron una serie de amplias escalinatas y plataformas que remataban en un adoratorio. Estas construcciones les permitían ascender treinta metros con suma facilidad y llevar a cabo sus ceremonias frente al relieve conocido como Monumento 2.

También son adiciones las ofrendas y los cadáveres inhumados en el interior de edificios derruidos, expresiones que denotan la sacralización que se hacía de las ruinas. Ambos tipos de prácticas fueron muy comunes durante el Posclásico. Como ilustración, mencionemos los incensarios-efigie mayas sepultados como regalos —propiciatorios o de agradecimiento— en el derrumbe de templos del Clásico Tardío en Dzibanché, Quintana Roo⁹; el fastuoso ajuar funerario mixteca depositado en la Tumba 7 de Monte Albán, Oaxaca¹⁰, y los restos mortales de dos individuos con cerámicas aztecas y texcocanas introducidos en la Estructura 1-R de la Ciudadela en Teotihuacan¹¹.

Sin embargo, son las ruinas de Tula las que nos ofrecen las mejores evidencias. Tras dos décadas de exploraciones en la Gran Plaza, el arqueólogo Jorge R. Acosta recuperó enormes cantidades de la llamada cerámica azteca, prueba indisputable de trescientos años de actividad humana directamente sobre las ruinas de la ciudad¹². Por desgracia, hasta la fecha no ha sido posible precisar la identidad de los portadores de estas cerámicas, pues sabemos que eran manufacturadas en cuando menos cuatro zonas distintas de la Cuenca de México: Tenochtitlan, Tezcoco, Chalco y el extremo occidental de la Península de Iztapalapa. Lo que sí podemos definir con exactitud son las actividades aditivas que solían llevar a cabo estos grupos. Destacan las abundantes ofrendas enterradas en el interior de los escombros de los edificios más notables del esplendor tolteca, entre ellos el Adoratorio Central, los edificios B y C y el Palacio Quemado. Menos cuantiosos son los

sepulcros de individuos de todas las edades, casi siempre acompañados de ofrendas funerarias muy humildes, que fueron descubiertos en el Edificio B, el Edificio 4 y el Palacio Quemado. También vale la pena mencionar la construcción de edificios religiosos y suntuosas residencias sobre los vestigios del antiguo centro ceremonial. A este respecto podemos evocar el conjunto habitacional erigido sobre el Edificio K, la estructura adosada a la esquina noroeste del Edificio C y los basamentos piramidales asentados sobre el Palacio Quemado.

Otra actividad aditiva de los portadores de la cerámica azteca, aunque de diferente naturaleza, tiene que ver con la talla de esculturas en las inmediaciones de la Gran Plaza. Nos referimos específicamente a los relieves del Cerro de la Malinche, obra realizada a finales del siglo XV en el más puro estilo azteca¹³. Este singular conjunto, compuesto por las efigies de Ce Ácatl Topiltzin Quetzalcóatl y Chalchiuhtlicue, ha sido interpretado ya como un homenaje azteca a las deidades heredadas de los antepasados toltecas¹⁴, ya como una “imagen histórica retrospectiva” de Ce Ácatl —el más célebre gobernante de Tula— para validar la tradición azteca de esculpir los retratos de los soberanos en las peñas de Chapultepec¹⁵.

Fray Diego Durán nos relata una de las últimas acciones aditivas de que se tiene memoria. El dominico cuenta que, estando aún en las costas del Golfo de México, en el año de 1519, Hernán Cortés envió a Motecuhzoma Xocoyotzin un regalo consistente en vino y bizcochos. Al recibir los alimentos en Tenochtitlan, el *tlatoani* azteca se negó a ingerirlos —no sabemos si por su rareza o por su aspecto tras la travesía transoceánica— y señaló que “era cosa de los dioses”. Mandó entonces a sus sacerdotes que llevaran todo a las ruinas de Tula “con mucha solemnidad y que lo enterrasen en el templo de Quetzalcóatl, cuyos hijos eran los que habían venido”¹⁶.

ACTIVIDADES AZTECAS EN LOS SITIOS ARQUEOLÓGICOS: LA SUSTRACCIÓN

Por otra parte, la arqueología y la historia también nos ofrecen ricos testimonios de actividades que calificaremos como *sustractivas*. Comprenden, por lo regular, la excavación de edificios para extraer elementos arquitectónicos, esculturas, ofrendas y restos óseos, acciones éstas que muchos autores modernos han denominado con los términos peyorativos de “saqueo” y “pillaje”. Sin embargo, salta a la vista que la mayoría de esas operaciones no perseguían el lucro, sino la recuperación



Fig. 13
Fragmento de una máscara de Teotihuacan encontrado en la Cámara III, una ofrenda azteca muy rica del ángulo noroccidental de la Etapa IVa del Templo Mayor. Piedra verde recubierta de chapopote por los aztecas, 16,7 × 7,7 × 5,7 cm.

Museo del Templo Mayor, Ciudad de México

Fig. 14
La ofrenda 82, encontrada en el ángulo sudoriental del Templo Mayor, contenía, entre otras cosas, una cabeza decapitada, una máscara de Teotihuacan (cat. 260) y una máscara azteca de travertino.

Museo del Templo Mayor, Ciudad de México



ya de materiales útiles en la construcción, ya de objetos apreciados estéticamente y, sobre todo, considerados obra de dioses, gigantes o pueblos casi míticos.

En el caso de Teotihuacan, un simple tiesto pudiera ser el indicio de excavaciones premeditadas llevadas a cabo poco antes de la llegada de los españoles. Se trata de un fragmento de vasija azteca que fue hallado en la entrada de la larga cueva artificial sobre la que se levantó la Pirámide del Sol. Cuando los arqueólogos accedieron a ese espacio sagrado a principios de los años setenta, se percataron de que habían sido rotos los muros que sellaban el paso a lo largo del túnel y de que en la cámara tetralobulada del final no había trazas de ofrendas o entierros. De acuerdo con algunos investigadores, el fragmento de cerámica, si no se introdujo accidentalmente en fechas recientes, sugeriría que quienes penetraron fueron los aztecas mismos¹⁷.

Las fuentes históricas del siglo xvi nos ofrecen pruebas más sólidas. Por ejemplo, los informantes indígenas de fray Bernardino de Sahagún nos describen los procedimientos que un individuo debía seguir para adquirir piedras preciosas:

Hay personas que conocen dónde se crían las piedras preciosas, y es que cualquiera piedra preciosa, dondequiera que está, y está echando de sí vapor o exhalación como un humo delicado. Y este humo se parece cuando quiere el Sol salir, o a la salida del Sol. Y a los que las buscan y conocen esto, pónense en lugar conveniente cuando quiere salir el Sol, y miran hacia donde sale el Sol, y donde ven salir un humito delicado luego conocen que allí hay piedra preciosa, o que ha nacido allí, o que ha sido escondida allí. Y van luego a aquel lugar, y si hallan alguna piedra de donde salía aquel humito, entienden que dentro de ella está alguna piedra preciosa, y quiébranla para buscarla. Y si no hay piedra donde sale aquel humito, cavan en la tierra, y hallan alguna caxa de piedra donde están algunas piedras preciosas escondidas, o por ventura está en la misma tierra perdida o escondida.¹⁸

Una mención más explícita proviene de la misma obra. Nos habla tanto del profundo conocimiento que tenían los aztecas de los vestigios de Tula como de la exploración del subsuelo en busca de antigüedades:

Y de allí [los toltecas] fueron a poblar a la ribera de un río, junto al pueblo de Xicocotitlan, el cual ahora tiene nombre de Tulla; y de haber morado y vivido allí juntos hay señales de las muchas obras que allí hicieron, entre las cuales dexaron una obra que está allí y hoy en día se ve, aunque no la acabaron, que llaman coatlaquetzalli, que son unos pilares de la hechura de culebra que tienen la cabeza

en el suelo, por pie, y la cola y los cascabeles della tienen arriba. Dexaron también una sierra o un cerro que los dichos toltecas comenzaron a hacer y no lo acabaron, y los edificios viejos de sus casas y el encalado parece hoy día. Hállanse también hoy en día cosas suyas primamente hechas, conviene a saber: pedazos de ollas o de barro, y vasos o escudillas y ollas. Sácanse también debaxo de tierra joyas y piedras preciosas, esmeraldas y turquesas finas.¹⁹

Varios pueblos contemporáneos de los aztecas también participaron en la sustracción de antigüedades toltecas. Hay pruebas fehacientes de que, tras su exhumación, las viejas esculturas tenían diversos destinos. Uno de ellos era la ciudad de Tlaxcala, capital de los mayores enemigos del imperio azteca. De acuerdo con fray Toribio de Benavente (Motolinía), una máscara y una pequeña imagen provenientes de Tula eran adoradas en la pirámide principal de dicha ciudad junto con la escultura del dios Camaxtli²⁰. Otro destino era Tlatelolco, tal y como lo consigna un breve pasaje de la *Historia de los mexicanos por sus pinturas*:

El año 99 [1422 d.C.] fueron los de Tlatilulco a Tula y como [los toltecas] se habían muerto y dejado allí a su dios, que se decía Tlacahuepan, tomaronlo y trajéronlo a Tlatilulco.²¹

El lector comprenderá que tales actividades, llevadas a cabo de manera intensiva al menos desde el siglo xiii, tuvieron un efecto devastador desde el punto de vista arqueológico. De hecho, la pérdida masiva, cuando no total, de esculturas y piedras de recubrimiento ha sido registrada por doquier.

RECUPERACIÓN DE UN PASADO GLORIOSO: LA REUTILIZACIÓN

Las actividades aditivas y sustractivas no sólo tuvieron un fuerte impacto en los sitios arqueológicos, sino también en las mismas poblaciones de quienes las realizaron. Las reliquias recuperadas en excavaciones premeditadas, así como las descubiertas accidentalmente y las transferidas de generación en generación²², fueron reutilizadas como dignas sobrevivientes de mundos desaparecidos²³. Seguramente la elevada calidad de las materias primas y de la manufactura de tales objetos influyó en su valoración. Pero, ante todo, el supuesto origen sobrenatural de esos bienes, cuya creación era atribuida a seres portentosos, decidió a los nuevos propietarios a portarlos como amuletos o a reinhumarlos en el interior de templos y palacios como parte de ofrendas dedicatorias y funerarias. Además, como suele

suceder con cualquier clase de reliquia, los fragmentos eran igualmente venerados; sólo así se explica la inclusión de numerosas piezas rotas y minúsculos pedazos entre dichas ofrendas (fig. 13)²⁴.

Hay que advertir, sin embargo, que los aztecas no fueron el primer pueblo mesoamericano en reutilizar antigüedades para establecer una conexión directa con los ancestros y los dioses. En realidad esta práctica ha sido detectada por todas partes. Muestras de reutilización son las numerosas figurillas antropomorfas y zoomorfas, máscaras, pendientes, cucharas rituales, canoas en miniatura, hachas y perforadores de piedra verde, tanto olmecas como de sus contemporáneos del Preclásico Medio (1200–400 a.C.), encontrados por los arqueólogos modernos en contextos del Protoclásico (100 a.C.–200 d.C.) y del Clásico (200–900 d.C.). Los más notables hallazgos han sido hechos en Cerro de las Mesas, Veracruz²⁵; Dzibilchaltún y Chacsinkín, Yucatán²⁶; Cozumel, Quintana Roo²⁷; Laguna Francesa, Chiapas²⁸, y Uaxactún y Tikal, Guatemala²⁹. Objetos similares también se han descubierto en sitios posclásicos (900–1521) como Mayapán, Yucatán³⁰, y San Cristóbal Verapaz, Guatemala³¹. A esta lista pudieran añadirse las piezas olmecas extraídas

de las aguas del Cenote Sagrado de Chichén Itzá, que posiblemente fueron arrojadas a sus aguas por los mayas del Clásico y el Posclásico³².

Aunque carezcamos de información arqueológica contextual, es claro que otras obras de arte olmecas fueron reutilizadas como amuletos por dignatarios del Protoclásico y el Clásico, tal y como lo demuestra la presencia de inscripciones mayas en sus superficies. Destacan a este respecto la cuchara ceremonial del Museo de San José, Costa Rica³³ y los pendientes de piedra verde en forma de rostro humano del Brooklyn Museum of Art³⁴, el British Museum³⁵ y Dumbarton Oaks³⁶. En el reverso de esta última pieza fueron grabadas, alrededor del 50 a.C., una efigie y una inscripción en estilo maya temprano que parecen aludir a la entronización de un gobernante llamado “Cielo Ave-Moan”.

No obstante la frecuente realización de estas prácticas en el amplio territorio mesoamericano, Tenochtitlan fue el centro por excelencia en cuanto a reutilización de antigüedades. Un siglo de excavaciones arqueológicas en la capital azteca ha sacado a la luz cientos de reliquias en los principales edificios religiosos (fig. 14). Entre ellas predominan las elaboradas con piedras verdes, aunque también hay bellos objetos de cerámica



Fig. 15

Chac-mool tolteca del período Posclásico Temprano. Piedra, 49 × 106 × 46 cm. Encontrado en el edificio colonial conocido como Casa del Marqués del Apartado, frente a las ruinas del Templo Mayor.

Museo del Templo Mayor, Ciudad de México.

Fig. 16

Vistas anterior y posterior de una máscara hecha en la región de Mezcala, 150–650. Piedra verde, 11 × 9,5 × 3,9 cm. Procede de la Cámara III del Templo Mayor. Los aztecas añadieron la imagen de un músico que toca un tambor horizontal.

Museo del Templo Mayor, Ciudad de México.



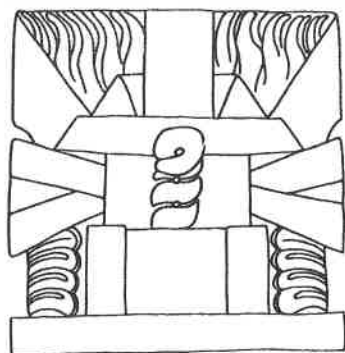


Fig. 17
Dibujo de una piedra descubierta frente a la Pirámide del Sol de Teotihuacan, con el símbolo del *xiuhmōpilli* o ciclo de 52 años.

Fig. 18
La Chinola, c. 1500. Piedra volcánica, 107 × 40 × 10 cm. Esta losa de estilo azteca, descubierta en el Cerro de Chinola a finales del siglo XIX, parece representar a Chalchiuhtlicue, diosa del agua, cubierta con un tocado arcaico en forma del símbolo teotihuacano del *xiuhmōpilli* o ciclo de 52 años.

Museo Nacional de Antropología,
Ciudad de México



y basalto. Destacan una máscara, un pendiente y varios fragmentos de figurillas olmecas y de otras sociedades del Preclásico Medio³⁷; cientos de máscaras y figurillas antropomorfas y zoomorfas, además de una maqueta de templo, objetos todos de estilo Mezcala que van del Preclásico Medio al Epiclásico³⁸; unos cuantos pendientes que posiblemente se remontan al Clásico maya; decenas de máscaras, figurillas antropomorfas, narigueras en forma de crótalo de serpiente y recipientes del Clásico teotihuacano³⁹, y una vasija *plumbate* fabricada en la porción oriental del Soconusco durante el Posclásico Temprano⁴⁰. Curiosamente, sólo una antigüedad de indiscutible factura tolteca ha sido exhumada hasta nuestros días: un *chac-mool* decapitado que se halló en los cimientos de la Casa del Marqués del Apartado, frente a las ruinas del Templo Mayor de la capital azteca (fig. 15)⁴¹. Sus características típicamente toltecas en lo que toca a materia prima, tamaño, proporciones, estilo e iconografía hacen incuestionable su origen.

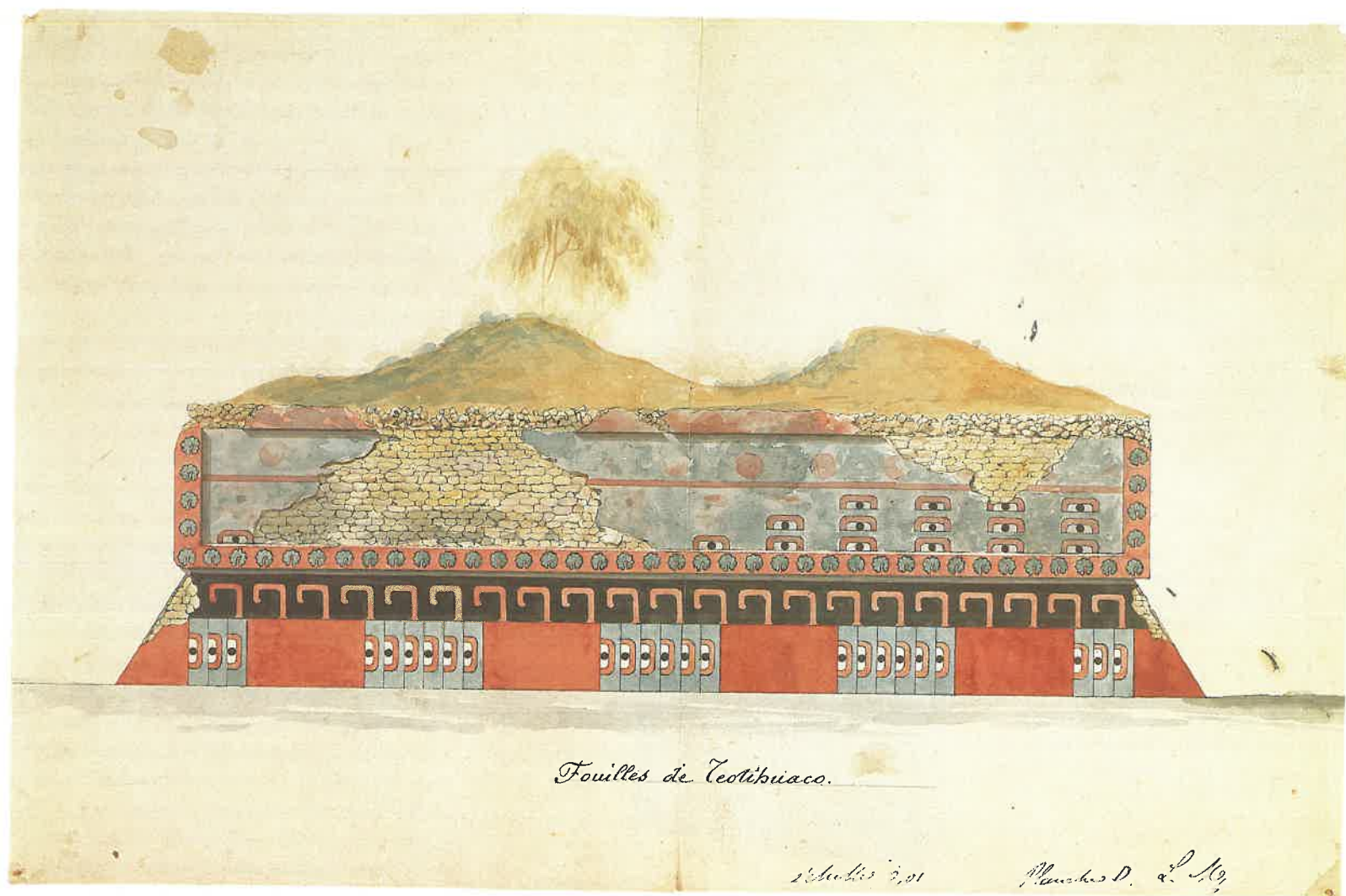
Cosa interesante, los aztecas no enterraron todas las reliquias tal y como las encontraron⁴². Modificaron un buen número de ellas, añadiéndoles recubrimientos de pintura

o de chapopote que acentuaban sus significados religiosos originales o les conferían uno nuevo. Así por ejemplo, las ollas Tláloc teotihuacanas conservaron su simbolismo pluvial al ser pintadas de azul o con chapopote. En cambio, muchas máscaras y figurillas Mezcala fueron transformadas en divinidades cuando se les incorporó la pintura facial de Xiuhtecuhtli o Tláloc. Por si fuera poco, decenas de máscaras Mezcala fueron decoradas en su cara interna con glifos acuáticos y figuras humanas (fig. 16).

RECUPERACIÓN DE UN PASADO GLORIOSO: LA IMITACIÓN

Entre todas las ciudades mesoamericanas, la *imitación* tuvo en Tenochtitlán su principal lugar de expresión. Esto se debe a que las exploraciones aztecas fueron lo suficientemente profusas para que los artistas de la isla pudieran copiar viejos estilos escultóricos, pictóricos y arquitectónicos, además de escenas iconográficas completas. Es bien sabido que los aztecas reprodujeron en su capital añejos cánones artísticos, aunque muchas veces sin respetar cabalmente la forma y el significado originales⁴³. Puede afirmarse que sus imitaciones reinterpretaron el pasado, entreverando eclécticamente lo antiguo con lo nuevo. Sus arcaísmos fungieron así más como evocaciones fragmentarias de tiempos extintos que como réplicas fieles e integrales de conjuntos plásticos específicos.

A este respecto, traigamos primeramente a la memoria las tallas aztecas que se basan en las más ancestrales efigies de Teotihuacan. Una de ellas es la imagen del dios viejo del fuego que fue hallada cerca del Templo Rojo Norte de Tenochtitlán (cf. cat. 5)⁴⁴. El escultor azteca siguió aquí los modelos teotihuacanos al copiar la posición encorvada de la divinidad, además de la particular postura de sus manos y pies. Pero la dotó a la vez de nuevos atributos iconográficos —acuáticos y del inframundo—, como son los colmillos, las placas rectangulares sobre ojos y boca, un enorme brasero y mascarones terrestres. Un caso distinto es el de la famosa Piedra de La Chinola, lápida de estilo azteca descubierta en las inmediaciones de Castillo de Teayo, Veracruz (fig. 18). Todo parece indicar que la cara frontal del monumento representa a Chalchiuhtlicue —diosa del agua— emergiendo o entrando en las fauces del monstruo terrestre; en cambio, en la cara trasera se observan cuatro *tlaloque* (ayudantes del dios de la lluvia Tláloc) voladores haciendo llover con sus jarras de agua. Lo interesante de la piedra en cuestión es que la divinidad principal porta un tocado arcaizante⁴⁵



en forma del símbolo teotihuacano del *xiuhmōlpilli*, un haz que representa el ciclo de cincuenta y dos años (fig. 17)⁴⁶.

Es muy probable que el artista posclásico conociera el sentido de este viejo símbolo y lo plasmara para aludir a una de las cuatro primeras eras de la humanidad, que fue gobernada por Chalchiuhtlicue y concluyó con un diluvio.

En lo que al arte epiclásico se refiere, tan sólo conocemos una placa azteca de piedra verde inspirada en el Templo de las Serpientes Emplumadas de Xochicalco, además de un conjunto escultórico hallado en Tenochtitlan, consistente en tres cabezas de serpiente con fechas calendáricas en estilo xochicalca⁴⁷. Citemos, por último, las múltiples evocaciones de la plástica de Tula. A diferencia de lo que sucedió con la imaginería de Teotihuacan y Xochicalco, los aztecas copiaron prácticamente todo tipo de vestigio tolteca que pasó frente a sus ojos, en particular braseros con el rostro de Tláloc, telamones, portaestandartes y serpientes emplumadas colosales, así como relieves con personajes armados, serpientes ondulantes,

aves rapaces, felinos y los llamados “hombres-pájaro-serpiente”⁴⁸.

Obviamente, la imitación no se limita a la escultura, sino que se despliega, aún con mayores ímpetus, en la arquitectura sacra azteca. A fines del siglo xv, los recintos sagrados de Tenochtitlan y Tlatelolco contaban con varios edificios que resucitaban las olvidadas siluetas teotihuacanas. Conocidos como los Templos Rojos, existen cinco pequeños adoratorios que combinan armónicamente el típico talud-tablero de Teotihuacan —que había dejado de erigirse durante varias centurias— con elementos decorativos aztecas que estaban de moda en el momento de la construcción⁴⁹. Si bien es cierto que los autores de los Templos Rojos emplearon materiales locales y siguieron técnicas arquitectónicas propias, pusieron un especial cuidado en reproducir las proporciones antiguas y, sobre todo, en recrear las pinturas murales del Clásico (fig. 19)⁵⁰. En esta forma, plasmaron sobre fondos rojos varios signos teotihuacanos siguiendo patrones repetitivos: mascarones del dios de la lluvia, elementos trilobulados (gotas de agua), ojos

Fig. 19

E.L. Méhédin, Detalle de un templo de Teotihuacan excavado por Longpérier en 1865. Acuarela, 20 × 36 cm. Es posible que las proporciones de este templo y sus pinturas murales inspirasen a los aztecas en la construcción del Templo Rojo Norte de Tenochtitlan.

Collection Agence Régionale de l'Environnement de Haute-Normandie, Ruán



Fig. 20
El Edificio L de Tlatelolco fue excavado en 1963–1964. Sus pinturas murales, con las listas y nudos de Xochipilli, son muy parecidas a las del Templo Rojo Sur de Tenochtitlan.

Fig. 21
Ciertos elementos decorativos del Templo Rojo Norte, como las conchas cortadas y las corrientes acuáticas en forma de ojo, son idénticos a los del templo de Teotihuacan excavado por Longpérier.

alargados (corrientes de agua) y caracoles cortados (viento) (fig. 21). Agregaron a esos motivos los listones rojos y blancos que distinguen a Xochipilli, dios azteca de la música y la danza (fig. 20). Estos elementos y las cajas halladas en el interior de los adoratorios, repletas de instrumentos musicales, demuestran que en los templos rojos se adoraba a Xochipilli⁵¹.

Recordemos, finalmente, la Casa de las Águilas, edificio religioso del siglo xv emplazado al norte del Templo Mayor de Tenochtitlan. Si bien es cierto que el proyecto arquitectónico de este edificio evoca muy vagamente las salas hipóstilas toltecas, su programa iconográfico y decorativo hace revivir a Tula en todo su esplendor. Los braseros con el rostro de Tláloc, las banquetas con serpientes ondulantes y procesiones de hombres armados, y las pinturas murales con cenefas multicolores ornan sus interiores para transmitir al usuario la viva imagen de un pasado glorioso. Gracias a nuestros estudios petrográficos, químicos, tecnológicos, iconográficos y estilísticos⁵² sabemos que todos esos elementos decorativos son copias locales que anuncian una

suerte de “neo-toltequismo” en el arte de la capital azteca⁵³. De ahí que no carezca de sustento la observación de Octavio Paz, quien apuntó que “si Tula fue una versión rústica de Teotihuacan, México-Tenochtitlan fue una versión imperial de Tula”⁵⁴.

LAS FUNCIONES DEL PASADO

La imitación de antiguas esculturas y la construcción de edificios arcaizantes en Tenochtitlan y Tlatelolco coinciden con el período en el que se integra, consolida y expande al máximo el imperio azteca. La recuperación y el enaltecimiento de civilizaciones extintas en ese particular contexto histórico quizá deba entenderse como una de tantas estrategias que utilizaron los gobernantes aztecas para sustentar ante propios y extraños una nueva posición dominante. Con el paso de los siglos, las antigüedades, que aludían directamente a un pasado grandioso y legitimaban genealógicamente las acciones de sus beligerantes usuarios⁵⁵, habrían adquirido la calidad de símbolos sacros por excelencia.



I INTRODUCCIÓN

- 1 Véase Chimalpain 1991, p. 133.
- 2 Mesoamérica será el término utilizado en este libro para indicar el área que comprende las regiones central y meridional de México, Guatemala y las partes adyacentes de El Salvador, desde la costa del Golfo de México hasta Yucatán y la actual Honduras.
- 3 Alvarado Tezozómoc 1998, p. 22.
- 4 Entre las más coloristas están las de Hernán Cortés (Cortés 1963) y Bernal Díaz del Castillo (Díaz del Castillo 1984).
- 5 El virrey español, conde de Revillagigedo, quiso protegerlas del abandono y la destrucción (Bernal 1979, p. 76). Una publicación de Antonio de León y Gama, experto contemporáneo en la astronomía y la historia aztecas que estudió ambos monumentos, es fundamental para nuestro conocimiento de este hallazgo. De su libro se hicieron dos ediciones, una en 1792 y otra en 1832. La segunda incluía otros monumentos además de la Coatlicue y la Piedra del Sol, en especial una cabeza de Xiuhcōatl.
- 6 El enrejado que había delante de los monolitos se ve en un grabado del álbum de Gualdi que muestra el "Interior de la Universidad de México" (Gualdi 1841) y en una pintura al óleo conservada en el Museo Amparo de Puebla (Solís Olguín 2001, p. 349).
- 7 Kubler 1991 trata de la apreciación de los restos artísticos de las culturas prehispánicas desde la época de la conquista española hasta el siglo xx.
- 8 Franck 1829 contiene 81 hojas sueltas, 79 de las cuales ilustran obras de la colección de arte prehispánico del museo. De las otras dos, una ilustra artefactos egipcios y la otra es un retrato de una mujer mexicana.
- 9 Las ilustraciones de Dupaix 1978 son obra del dibujante José Luciano Castañeda.
- 10 Pueden verse descripciones que permiten deducir la apreciación contemporánea del arte y la cultura aztecas en Bullock 1824, Calderón de la Barca 1843, Mayer 1844 y Mühlenpfordt 1844.
- 11 Calderón de la Barca 1843, pp. 102-103.
- 12 El catálogo de esta exposición, organizada en el Egyptian Hall de Piccadilly, contiene una descripción detallada de las piezas, así como un grabado que muestra varias estatuas originales de la época azteca (ahora parte de la colección del British Museum londinense). Había reproducciones en escayola de los principales monolitos (la Piedra del Sol, la Coatlicue y la Piedra de Tizoc), una maqueta de la Pirámide del Sol de Teotihuacan y varios códices originales, entre los cuales era uno de los más importantes la Tira de la Peregrinación. Véanse Londres 1824, Londres 1824b, Londres 1824c, Bullock 1991 y el ensayo de Adrian Locke en este volumen, pp. 80-87.
- 13 Nebel 1963 contiene imágenes de lugares prehispánicos y monumentos de distintas culturas del México prehispánico. Del mundo azteca presenta esculturas de piedra y figurillas, así como vistas de Tusapan, un lugar de la costa del Golfo que absorbió influencias artísticas de los aztecas.
- 14 Ramírez 1844-1846 es un estudio de algunas esculturas pertenecientes a la colección del museo, que se publicó en la edición mexicana de la *History of the Conquest of Mexico* de William H. Prescott. Véase también Ramírez 1864.
- 15 El óleo de Cleofás Almanza que muestra el patio del antiguo museo se conserva en un despacho del Museo Nacional de Antropología; véase Fernández 1987, p. 16.
- 16 Durante mucho tiempo se sostuvo que la Piedra del Sol había tenido una rica policromía. Cuando se remodeló la Sala Mexica del Museo Nacional de Antropología se tomaron muestras de cada una de las secciones del relieve, y se comprobó que los únicos colores empleados fueron el rojo y el ocre. Véase Solís Olguín 2000, pp. 38-39.
- 17 El trabajo de Galindo y Villa sobre la Sala de los Monolitos es excelente pero le falta detalle. Su catálogo (Galindo y Villa 1897) describe 364 esculturas repartidas en nueve secciones, treinta y una de ellas reproducidas en grabados de Jonas Engberg.
- 18 Batres 1902 da cuenta de los descubrimientos hechos entre el 4 de septiembre y el 13 de diciembre de 1900 en la calle de las Escalerillas, con dibujos, grabados y fotografías de los principales objetos hallados y un plano de las excavaciones.
- 19 La Sala Mexica ocupó el lugar donde antes se encontraba la Sala de los Monolitos. También en otras salas dedicadas a códices e instrumentos musicales prehispánicos se exhibían piezas aztecas (INAH 1956, pp. 86-115).
- 20 Nicholson 1971 ofrece una de las bibliografías más extensas del arte prehispánico, particularmente en lo que se refiere a la plástica del Altiplano Central desde el período Preclásico hasta los aztecas.

2 LOS AZTECAS Y SU VISIÓN DEL PASADO

El autor desea agradecer la ayuda de Fernando Carrión, Alfredo López Austin, Peter Sawbridge, Eric Taladoire y Germán Zúñiga.

- 1 Kubler 1963, p. 2.
- 2 Nicholson 1955, p. 596; Nicholson 1979, p. 195.
- 3 López Austin 1985, pp. 310 y 325.
- 4 Nicholson 1979, pp. 192-193.
- 5 Nicholson 2001.
- 6 López Luján 1989, pp. 43-49; Boone 2000. Véase también el ensayo de Alfredo López Austin en este volumen, pp. 30-37.
- 7 Castañeda 1986, pp. 235-236.
- 8 Arana 1987, p. 395.
- 9 Nalda y López Camacho 1995, pp. 22-23.
- 10 Caso 1932.
- 11 Romero 1982.
- 12 Acosta 1956-1957, pp. 75-76 y 92. Una reseña pormenorizada de los hallazgos posclásicos de Acosta se encontrará en López Luján (en prensa).
- 13 Navarrete y Crespo 1971, p. 15; Nicholson 2001, pp. 234-236.
- 14 Fuente 1990, p. 39.
- 15 Quiñones Keber 1993, p. 153.
- 16 Durán 1967, vol. II, p. 511.
- 17 Heyden 1973, p. 5.
- 18 Sahagún 2000, vol. III, p. 1118.
- 19 Sahagún 2000, vol. II, p. 949.
- 20 Benavente 1971, p. 78.
- 21 *Historia de los mexicanos por sus pinturas* 1965, p. 60.
- 22 López Luján 1989, pp. 61-65.
- 23 López Luján 1989, pp. 17-19.
- 24 López Luján 1989, p. 73.
- 25 Drucker 1955, pp. 29-33, 47, 56-60 y 66-67.
- 26 Proskouriakoff 1974, p. 10; Andrews 1987.
- 27 Rathje 1973.
- 28 Gussinyer y Martínez 1976-1977.
- 29 Kidder 1947, p. 48, figs. 37t y 74; Proskouriakoff 1974, p. 10.
- 30 Smith y Ruppert 1953, fig. 9c; Proskouriakoff 1974, p. 10.
- 31 Navarrete 1995.
- 32 Proskouriakoff 1974, pp. 10-11 y 36, láms. 37a, 38a, 52c y 53a y lámina en color III.
- 33 La inscripción parece aludir al "señor del lugar nocturno". Graham 1998, pp. 46-48, 51-52 y 105.
- 34 Piña Chan 1982, p. 232.
- 35 McEwan 1994, p. 22.
- 36 Coe 1966.
- 37 Matos Moctezuma 1979; López Luján 2001, pp. 24-25.
- 38 González y Olmedo Vera 1990; Olmedo Vera 2001, p. 304.
- 39 Batres 1902, pp. 61-90; Gussinyer 1969, p. 35; Gussinyer 1970, pp. 8-10; López Luján 1989, pp. 25-36; López Luján, Neff y Sugiyama 2000.
- 40 Matos Moctezuma 1983; López Luján 1994, pp. 225 y 340-341.
- 41 López Luján 2001, p. 25. Este *chac-mool* mide 49 x 106 x 46 cm; cf. Acosta 1956.
- 42 López Luján 1989, p. 74.
- 43 López Luján 1989, p. 19.
- 44 López Luján 1989, pp. 32-33.
- 45 Cf. Heyden 1979, pp. 62-65.
- 46 Batres 1906, p. 25, láms. 30-31; Langley 1986, pp. 152-153, 245, 254 y 332. Cf. Caso 1967, pp. 130-138.
- 47 Caso 1967, pp. 14-16; Nicholson 1971, pp. 120-122; Umberger 1987, pp. 92-95.
- 48 Nicholson 1971, pp. 118 y 131; Umberger 1987, pp. 74-82; Fuente 1990, pp. 48-52; Solís 1997; López Luján (en prensa).
- 49 Se han exhumado cuatro de estos edificios en las ruinas de Tenochtitlan y uno más en Tlatelolco. Véase Matos Moctezuma 1965; Gussinyer 1970b; Matos Moctezuma 1984, p. 19; López Luján 1989, pp. 37-42; Matos Moctezuma y López Luján 1993, pp. 160-161.
- 50 Véase Gerber y Taladoire 1990, pp. 6-8.
- 51 Olmedo Vera 2002.
- 52 López Luján, Torres Trejo y Montúfar 2002; López Luján (en prensa).
- 53 Fuente 1990; López Luján (en prensa).
- 54 Paz 1989, vol. III, 1, pp. 77-78.
- 55 López Luján 1989, pp. 77-89.
- 6 "El Lugar de las Siete Cuevas" es el lugar de origen mítico de varios pueblos mesoamericanos, pero las historias lo describen como un lugar real. Diversos relatos de creación afirman que allí nacieron siete pueblos diferentes, cuyos nombres varían según quién sea el narrador.
- 7 El Dios Supremo se concebía también como una dualidad conyugal.
- 8 Aparece también en desdoblamiento como protoSol y protoLuna.
- 9 Son numerosas las versiones del mito y muchas sus diferencias. Hay variantes que cuentan no cinco, sino cuatro soles (Moreno de los Arcos 1967).
- 10 Esto según los autores que aceptan que los aztecas practicaban la corrección necesaria para igualar el año común al año trópico.
- 11 Imperceptible para los seres humanos en condiciones normales de vigilia, puesto que los hombres podían verlos en sueños, en sus hierofanías o bajo estados alterados de conciencia.
- 12 El Dios Único recibía diversos nombres, entre ellos Moyocoyani, Iceltéotl, Ipalmemohuani, Tloque Nahuaque, Tlácatl, Yohualli Ehécatl, Ometéotl y Moche.
- 13 Plural de Tlaloc y nombre tanto de los cuatro desdoblamientos cardinales como del enorme ejército de dioses menores de la lluvia.
- 14 Tlatoni significa "el que manda"; *cihuacóatl*, "serpiente femenina", es uno de los nombres de la diosa de la tierra. Ambos cargos eran vitalicios y se llegaba a ellos por elección entre los miembros de sendos linajes nobiliarios.
- 15 Los máximos sacerdotes eran el *Quetzalcóatl Totec Tlamacazqui*, consagrado a Huitzilopochtli, y el *Quetzalcóatl Tláloc Tlamacazqui*, destinado al culto a Tláloc. Los generales supremos eran el *tlacatécatl*, al frente de los ejércitos, y el *tlacocheacatl*, administrador de las armas y las vituallas. Los jefes de la hacienda pública eran el *buey calpixqui*, director de los recaudadores, y el *petlacacatl*, responsable de los bienes recaudados.
- 16 El encendedor de barrena o *mamalhuaztli* era un instrumento compuesto por dos piezas de madera, una "femenina", más blanda, y otra "masculina", en forma de vara. La pieza "masculina" se apoyaba en una muesca de la "femenina" y se la hacía girar con un movimiento ascendente-descendente de las palmas de las manos hasta provocar el fuego por fricción.

4 LA SOCIEDAD AZTECA: ECONOMÍA, TRIBUTOS Y GUERRA

- 1 Lockhart 1992, p. 14.
- 2 Berdan 1982, pp. 56-59.
- 3 Lockhart 1992, pp. 20-28.
- 4 Destilada, esa "miel de maguey" da el tequila. El proceso de destilación fue introducido por los españoles.
- 5 Smith 1996, p. 73.
- 6 El tamaño de Tenochtitlan era excepcional. Otras ciudades ribereñas del lago de Tezcoco tenían entre menos de 10.000 y aproximadamente 30.000 residentes.
- 7 Calnek 1972.
- 8 La chía, una planta de la familia de la salvia, da unas semillas pequeñas que se consumían molidas, de la misma manera que el maíz. Rica en calcio, fósforo y hierro, era un componente muy nutritivo de la dieta azteca (véase Smith 1996, p. 69).